

guridad para el caso de un nuevo ataque árabe.

Hay, al contrario, indicios bastante insistentes de que entre El Cairo y Moscú está comenzando una nueva reconciliación; Brejnev ha anunciado su visita a El Cairo, y en Israel se advierte insistentemente en que la URSS va a enviar enormes contingentes de armas a Egipto y otros países árabes. Según Simon Pérez —ministro de Defensa de Israel—, la frialdad entre El Cairo y Moscú «es sólo un "show" para el consumo americano», y está calculado en todos sus detalles. La negociación sobre armamento entre Sadat y Brejnev se celebrará sobre tres temas: 1) Reposición total del armamento perdido por Egipto en la batalla de octubre de 1973 (algunas fuentes israelíes dicen que esas pérdidas están compensadas con creces); 2) material nuevo para equilibrar el que los Estados Unidos están enviando incesantemente a Israel, y 3) envíos de armas contratados con anterioridad y que la URSS no ha cumplido hasta ahora.

La tesis de la frialdad puramente

escénica es notablemente ingenua. Pero sí es muy posible que desaparezca obligatoriamente para dejar paso a un nuevo entendimiento, como es posible que Sadat no dure demasiado tiempo al frente de su país. Tras la iniciativa de Kissinger, que no ha dado grandes resultados a pesar de una actitud de optimismo que no está basada en nada, la iniciativa está ahora en manos de la Unión Soviética, y el viaje de Brejnev puede ser un dato de mucha importancia.

En cuanto a la conferencia de Kissinger con Gromyko, ministro de Asuntos Exteriores de la URSS, no tiene oficialmente relación con el tema árabe. Se trata de una ampliación del «espíritu de Vladivostok» —la conferencia Ford-Brejnev—, de los tratados comerciales entre los dos países, de la conferencia Salt —limitación de armas estratégicas— y de la de seguridad y cooperación en Europa. Pero, naturalmente, el tema de la paz o de la guerra en el Oriente árabe tiene que ser considerado, aunque quizá no figure en los comunicados. ■

Los judíos, Israel y la URSS

● El tema de los judíos soviéticos que quieren emigrar a Israel y no cuentan con la autorización de salida, es tan grave que ha servido para la suspensión del tratado comercial entre los Estados Unidos y la URSS, denunciado por esta última, que no quiere aceptar una cláusula que la obligue a la emigración judía, por considerar que se trata de un asunto puramente interior. La envergadura del tema no se detiene ahí: es la base de una campaña que abarca todo el mundo occidental y dificulta las relaciones normales con la URSS. Las autoridades soviéticas piensan que se trata de un pretexto, de una utilización, pero que el verdadero problema no es éste.

Contestando al ministro de Absorción (encargado de la acomodación de los inmigrantes) de Israel, Amno Mantever, la agencia Novosty (soviética) dice que el 98,4 por 100 de los ciudadanos soviéticos que en 1974 solicitaron autorización para fijar su residencia en Israel, la obtuvieron. ¿Por qué se negó al 1,6 por 100 restante? Porque se trata de personas que han tenido una «formación militar especial» o un trabajo que les permitía estar en contacto con secretos militares o con secretos de Estado. La negativa de salir de la URSS a esas personas es solamente temporal: esto es, hasta que los secretos de los que pudieran estar en posesión hayan perdido su interés. El hecho de que no haya habido en 1974 tantas autorizaciones de salida como en 1973 se debe, según Moscú, a que han disminuido las solicitudes.

La URSS sostiene que el interés de ciudadanos judíos por irse a Israel disminuye a medida que van teniendo noticia de sus parientes o amigos ya emigrados acerca de las condiciones de vida en Israel. En una encuesta realizada en Israel por Elliot Markus y Judit Shuval, se dice que «hay una incompatibilidad entre los inmigrantes de la Unión Soviética con la realidad social del país». Según los soviéticos, esta incompatibilidad se reflejaría en cuatro cuestiones esenciales: 1, faltan en Israel las condiciones de trabajo asegurado o garantizado, la asistencia médica gratuita, la vivienda de alquiler bajo o la instrucción gratuita a que están acostumbrados en la URSS; 2, la penosa situación económica de Israel, con desempleo que se multiplica y con inflación creciente; 3, su falta de adhesión a la «política expansionista y agresiva de Israel», a la que culpan de la falta de estabilidad y seguridad; 4, en Israel hay una atmósfera de hostilidad y discriminación contra los judíos procedentes de la URSS, manifestada por la administración pública y por los medios de información masiva. En 1974 salieron definitivamente de Israel 15.000 personas que habían antes deseado fijar allí su residencia definitivamente: es el doble de las que salieron definitivamente en 1973.

La agencia Novosty indica que el propio ministro de Absorción del Estado de Israel, Mantever, se duele de que más de una tercera parte de los judíos procedentes de la URSS llegados a Viena en no-

viembre del año pasado se negaron a continuar viaje a Israel y solicitaron visados para otros países. Según la agencia, hacia el 1 de junio de 1974, más de cinco mil judíos que había salido de la URSS hacia Israel se fueron hacia otros países: más de dos mil fueron a Estados Unidos, más de mil a Italia. Bélgica ha tenido que prohibir la entrada de judíos soviéticos en el país, y

Berlín-Oeste ha tomado una medida igual, para evitar el problema que plantean estos emigrados que desconocen el idioma y las condiciones de trabajo en dichos países.

La Unión Soviética no ha dado el número total de judíos que viven en la URSS, pero asegura que la inmensa mayoría prefiere quedarse allí porque la consideran como «su auténtica y única patria». ■

UNA CRISIS PERMANENTE

Magnicidio en Madagascar

● Madagascar —la República Malgache— es otro país imposible. Desde la descolonización francesa se mantiene continuamente en crisis; las movimientos que se vienen produciendo desde diciembre —intento de golpe de Estado— hasta que ahora ha sido asesinado el Presidente de la República, general Ratsimandrava —que llevaba cinco días en su cargo—, son resultantes de esas crisis; pero no acaban con ellas, sino que van a producir otras nuevas.

Madagascar es una enorme isla de mayor superficie que España —unos 600.000 kilómetros cuadrados—, pero con una población cinco veces inferior —algo más de seis millones de habitantes—. A pocas millas del continente africano —240—, repudia generalmente su africanidad, aunque está inscrita en todas las organizaciones africanas, en las que representa un papel que generalmente ha sido definido como moderador. Hay una primera división étnica entre los hovas —de origen malayo— y los sakalaves, de raza negra afri-

cana. Una división más visible es la de los habitantes de la altiplanicie y los de las costas: por razones de clima y producción, los montañeses son más ricos que los costeros; la lucha de clases tiene aquí un aspecto étnico. Están luego los partidos políticos: son numerosos y mal avenidos, y cuentan con afiliados entre las distintas etnias, lo cual complica más el mosaico. La pobreza es considerable. Es principalmente agrícola (café, tabaco, azúcar, especias). La industria representa poco más del 15 por 100 de la renta nacional: la población crece y crece desesperadamente —como en todos los países pobres: tasa de un 3 por 100—, y los puestos de trabajo no aumentan, o aumentan en menor medida. Las relaciones con Francia, antigua colonizadora de la isla, producen también grandes tensiones: existen francófilos decididos, que pretenden ser los dominantes, que pretenden el mantenimiento de lazos estrechos con la antigua metrópoli: se enfrentan con los nacio-



General Ratsimandrava: Ni una semana en el cargo.